

## **CHOCOLATE PARA LA ESPERANZA**

Los hijos de los prisioneros de guerra fuimos unos privilegiados. Se nos permitió traer desde nuestra Francia natal un pequeño saco o mochila con dos o tres artículos pequeños. Nos llevaban, en grandes manadas, al Campamento de Concentración de Berguen Belsen, tras clasificarnos como judíos, comunistas, homosexuales y otros, según el gobierno nazi, "*elementos subversivos y despojos humanos*".

Pero para la mente de una niña, y yo tenía nueve años cuando todo esto sucedía, la posibilidad de llevarte cosas desde casa generaba un complejo quebradero de cabeza aunque a la vez te evadía del verdadero problema. Seguro que mis padres eran conscientes del peligro en que vivíamos pero yo era incapaz de pensar en el riesgo, solamente sabía que mi madre me había dicho que solo podíamos llevar tres cosas en nuestras pequeñas mochilas.

Desde luego vi a los vecinos. La señora Venayon se había llevado el Talmud y dos kilos de azúcar para hacer postres para sus tres pequeñas. El señor Isaac Revá envolvía con cuidado su valiosa menorá de plata y un viejo libro de historias familiares que mantenían desde su salida de España (pues eran judíos sefardíes) para llevarlos en los enormes bolsillos de su viejo abrigo de paño. Mis amigas Anna y Margot habían metido con sumo cuidado sus muñecas en bolsas de tela, para llevarlas consigo.

Mi madre había decidido guardar, muy bien empaquetadas y envueltas y metidas entre una poca ropa blanca, dos tabletas de chocolate puro, negro, del que nos encantaba a mi hermana Rebeca y a mi. Ella nos dijo que guardaríamos aquel pequeño y secreto tesoro entre nuestras pertenencias, para que, si un día nos veíamos totalmente desanimadas, y necesitábamos realmente ayuda para no sentirnos hundidas, aquel dulce chocolate nos haría sentir mejor y nos haría ver el mundo con otros ojos, más positivos.

Con el chocolate yo había guardado uno de mis bienes más preciados, mi libro de estampas donde se contaban historias maravillosas de hadas, princesas y reinos lejanos, y en las que me sumergía cuando estaba triste, nerviosa o enfadada. No imaginaba cómo iban a evadirme sus páginas y preciosas ilustraciones en los tiempos venideros!.

De esta forma llegamos al campo de concentración, donde nos recluyeron a todas las mujeres y niñas mayores de diez años en unos largos e inhóspitos barracones. Yo conseguí colarme con mi madre y mi hermana mintiendo sobre mi edad y dado que era más alta de lo habitual, conseguimos permanecer las tres juntas. Nos tuvimos que adaptar a la dura vida del campo de concentración con trabajo a todas horas, vigilancia continua, unos harapos como ropa y algunos mendrugos de pan y un rancho insufrible para comer. Lo cierto es que en esos momentos no lo sabíamos, pero tuvimos mucha, mucha suerte respecto a los judíos de otras zonas y otros campos.

Una chica que estaba en nuestra sección se llamaba Helena Sinón, y estaba embarazada de unos meses. Con ella vivimos un tiempo donde todas las mujeres nos preocupábamos por el estado de gestación de Helena, y tratábamos de beneficiarla dentro de nuestras pobres y escasas posibilidades; una manta de más en su cama, algo más de comida en su cuenco, y liberarla cuando era posible de las tareas más duras.

Tras unos seis meses allí a Helena apenas se le notaba un embarazo de nueve meses, tan menuda y flaca que estaba. Ahora reflexiono y pienso que todas nos debíamos ver igual, pero en mi mente de niña me llamaba la atención su complexión tan delgada y menuda, pese a estar en estado. Incluso una pandemia de tifus arrasó con muchas de las chicas de los barracones, y ella a pesar de tener las fiebres sobrevivió en su estado a la enfermedad, todavía más delgada y sin perder el bebé.

Un día estábamos mi madre y yo con Helena, limpiando los barracones, cuando un gemido de dolor estremeció mis sentidos. Mi madre en seguida se dio cuenta de lo que

pasaba, que Helena estaba de parto. Me mando corriendo al centro médico del campo mientras ella atendía a la pobre chica, que ya había roto aguas. Unas enfermeras vinieron con una camilla y se llevaron a Helena, que gritaba de dolor por las contracciones. Todas las mujeres maduras la miraban con cara de preocupación y se decían que iba a ser un parto muy difícil, y que era probable que la madre no sobreviviese.

Aquella noche, antes de ir a cama, mi madre nos juntó a Rebeca, mi hermana, y a mi:

*-¿Recordáis el chocolate que tenéis guardado entre las camisas?-* Nos preguntó. Ambas nos miramos, asintiendo. Claro que nos acordábamos. Apenas nos habíamos permitido comer una onza cada una, como única celebración, el día en que Rebeca había cumplido sus quince años. El resto continuaba guardado y escondido, dado que tras unos meses bien veíamos lo difícil que se estaban poniendo las cosas y preveíamos que nos iba a hacer mucha falta el ánimo extra de aquellas onzas oscuras y deliciosas.

*-¿Cómo os sentís? ¿Estáis bien?.*

*-Estamos bien mamá.* - Respondimos al unísono, de nuevo.

*-Es que, con vuestro permiso... Querría darle el chocolate que nos queda a esa pobre chica. Dar a luz en esa enfermería va a ser muy difícil, es muy posible que Helena muera y también su bebe. Si le damos el chocolate... es posible que eso la anime y que esos momentos sean más fáciles de llevar y le demos ánimos para afrontarlos.*

Rebeca y yo nos miramos. Perder aquel chocolate era como deshacernos un poquito de nuestra esperanza, de nuestra fuerza dentro de aquel horrible campo, pero también nos dábamos cuenta de que aquella chica, Helena, lo necesitaba más que nosotras y que si nuestra madre nos pedía aquel esfuerzo, debía tener grandes motivos para hablarnos así. Rebeca habló por las dos:

*-Sí mamá, dáselo, tranquila. Francine y yo vamos a estar bien.*

*-¿Seguro?. No se lo daré si no estáis de acuerdo. No quiero quitaros ese chocolate que es vuestro si no estáis totalmente convencidas.* -Insistió mi madre, pero la decisión estaba tomada y ninguna de las dos hermanas cambiamos de parecer. Mi madre nos dio un abrazo grande, silencioso pero firme. Ahora que ya hace muchos años que ella no está con nosotras imagino que aquella noche debió sentirse muy orgullosa de sus hijas.

Helena dio a luz a su bebé en un terrible parto que precisó de forceps y cesárea, en muy precarias condiciones. Rebeca y yo fuimos a verla el día siguiente al parto, en aquel oscuro barracón de ambiente cargado que hacía las veces de hospital de campaña, deficiente y escaso tanto de materiales como de personal formado.

El recién nacido era una niña ínfima, un pequeño bebé débil y muy pequeñito, pero que no lloraba, miraba a todos los lados con unos enormes y curiosos ojos grises. A su lado estaba Helena, todavía más consumida, demacrada, pálida, desgredada después de aquel terrible esfuerzo. Tenía unas enormes ojeras mientras que su cara la surcaban grandes arrugas que antes no estaban allí. Le dimos el pequeño paquete de chocolate, y nos miró como desde lejos, respondiéndonos con una tenue, sencilla sonrisa. Si he de ser franca, viéndola así pensé que no iba a sobrevivir.

Helena se tomó durante varios días, casi semanas, el chocolate, chupándolo despacio, racionándolo, muy poco a poco. Mientras la niña crecía gramo a gramo contra todas las condiciones del lugar, abriéndose paso a la vida como a contracorriente. Ninguna de las dos murió, e incluso Helena llegó a reincorporarse con su bebé en brazos a la vida más o menos corriente de los barracones del campo de concentración.

Un día vio mi libro de estampas, ya algo ajado y usado de tanto releerlo en el campo y me lo pidió para contarle los cuentos a su niña. Yo se lo cedí encantada pues me conocía ya los cuentos de memoria e incluso algunas veces Helena se tendía en su barracón, con la niña en brazos, y era yo quien narraba las aventuras de las hadas. Mientras sus curiosos

ojos grises se posaban en las multicolores ilustraciones del libro hasta cerrarse dormidos con esa dulzura que desprenden los bebés en su descanso.

Unas semanas después, siempre recordaré que era un quince de abril, el campamento fue liberado por las tropas británicas, que entraron en el norte de Alemania. Los momentos de felicidad y liberación fueron inmensos ya que llevábamos casi un año allí encerradas. Volvimos a París entre la alegría de vernos libres y la enorme tristeza por todo lo que habíamos vivido. En aquellos momentos creo que absolutamente todo me resultaba ilusionante; el bañarme en una bañera con mucho jabón y durante horas, el comer patatas fritas, el correr por las calles y reír y gritar. Todo era nuevo para mí. Mi madre se comportaba también como una chiquilla, y disfrutaba cada experiencia. En aquel momento creí que todas las personas de aquel campamento, si hablo por la experiencia más próxima, volvimos a nacer aquellos días.

También hubo los casos contrarios. Mi tío Judá no volvió a sonreír ni a disfrutar de la vida. Yo lo recordaba antes de aquello como un hombre bonachón, siempre con su larga barba y una sonrisa en la boca. Era un hombretón al que le gustaba comer como un glotón y jugar con los niños. Nada parecido al viejo enjuto y silencioso en el que se convirtió. El regreso a la vida normal no fue igual para todos, en nuestro entorno, en el barrio judío, conocimos la triste noticia de muchos suicidios, de muchos hombres y mujeres que tuvieron que ser internados en manicomios y centros especiales. Creo que si muchos volvimos a nacer con aquella liberación, no pocos se dejaron el alma en aquellos barracones terribles de luz cetrina, y no consiguieron retornar.

Muchos años después mi hija, Adelaida, que jamás vivió aquellas terribles experiencias pero que siempre estuvo interesada en mis historias, me comentó, en medio de una cena familiar, que ella pensaba que si entonces, tras salir de un campo de concentración, hubieran existido psicólogos y psiquiatras, en el término moderno de esa ciencia,

seguramente habría sido más fácil superar aquellos traumas e incluso haber evitado la lamentable catástrofe de tantas vidas truncadas y perdidas.

Obviamente, le respondí yo, pero en aquel entonces ni había esos conocimientos ni existían siquiera esos conceptos relacionados con toda aquella gente deportada. Pero ella, que es psicóloga de profesión, y además muy tenaz como su madre, se mantuvo en esa idea, llegando a gestionar un gran encuentro en Luxemburgo de especialistas médicos en enfermedades mentales, a los que se invitó excepcionalmente a algunos ancianos, como yo, que habíamos vivido aquellos traumáticos acontecimientos para que pudiéramos aportar nuestro testimonio de primera mano.

Así llegaron doctores y especialistas de gran parte de Europa y América, fundamentalmente, interesados en estudiar acerca de los efectos y consecuencias del holocausto y la Segunda Guerra Mundial en sus ámbitos médicos de estudio. No solo eso sino que las conferencias atrajeron un gran interés especialmente de historiadores pero también de la prensa, de los políticos y del público en general que deseaban escuchar las historias de los supervivientes de los campos de concentración que escasamente iban quedando, por nuestra edad.

A mi me habían invitado a hablar el miércoles, por ser el día central en las jornadas, que se clausuraban el viernes, y tuve una muy interesante charla junto con mi hija en un auditorio abarrotado de gente muy interesante que me hizo numerosas preguntas acerca de mi experiencia. Me sentí plenamente satisfecha de poder conversar con gente tan interesante y que me pudo aportar muchas ideas y muchas sensaciones positivas y que me emocionaron profundamente en muchos casos.

Tras mi charla, subiría al estrado una mujer madura, que era doctora en psiquiatría, yo no recordaba en aquel momento su nombre. Lo único que yo sabía de ella, y que se comentaba en el cartelón de la entrada, es que era una reputada doctora de Marsella que

cerraría la jornada justo antes de comer, cosa que ya todos estábamos deseando pues mi conferencia se había alargado bastante con preguntas y comentarios y era cerca de la una del mediodía.

La doctora subió al atril mientras yo bajaba del estrado. Mis piernas ya no son las de antes y yo ahora debo bajar los escalones despacio y con sumo cuidado. Aquella mujer puso su mano en mi hombro y me lo apretó levemente, como pidiéndome que permaneciera allí con ella. Supuse que quería comentar algo de mi charla por lo que no tenía nada que objetar al respecto, y frené mi bajada. Ella se volvió al micrófono y comenzó su discurso:

*-Me llamo Elena Tiró y soy de Marsella, en cuyo hospital trabajo como psiquiatra. Pero antes de dar mi conferencia tengo algo para la señora Francine Christophe. -* Y metiendo la mano en su cartera sacó de ella un envoltorio enorme de colores vivos donde se podía leer que era una conocida marca de chocolate, y un libro muy ajado y viejo cuyo lomo me sonaba vagamente. Ella se me acercó y puso el libro y aquella tableta de chocolate entre mis temblorosas manos diciendo:

*- Yo soy aquel bebé.*

**Autor: León Raffé Leví**

**FUENTES:**

**Francine Christophe, entrevista. Documental Human, 1996.**

**Isaac Revá, entrevista. El País, 2011.**

**Pere Borín. "*Sangre judía. Españoles de ascendencia hebrea y antisemitismo cristiano*". Ed. Flor de viento, 1998.**

**Tom Mullen. "El hombre que sobrevivió a ocho campos de concentración nazis".  
BBC News, 2015.**

**Enciclopedia del Holocausto. United States Holocaust Memorial Museum.**

**"Campos de concentración y trabajo". Yad Vashem.**

***El horror de Berguen Belsen*". Nueva Tribuna, 2015.**